



tintaLibre

Marta Sanz: ver, oír, no callar y escribir

LA ESCRITORA MADRILEÑA, GANADORA DEL ÚLTIMO PREMIO HERRALDE DE NOVELA POR FARÁNDULA, RETRATA LA DUALIDAD DEL MUNDO DE LOS ACTORES, ENTRE LA FAMA Y LA CRISIS, EN UNA OBRA QUE ENTRONCA CON LA LITERATURA COMBATIVA DE ESTA AUTORA.

Su piso está en una de las principales arterias nocturnas de Malasaña, en Madrid. A un brinco de los adoquines que resistieron a la llamada Movida madrileña y que ahora no desgastan el cuero y los tacones sino las bicis ultraligeras de piñón fijo o las llantas de Vespa. En medio de las escaleras que suben hasta él, un patio interior hace de bisagra entre aquellas habitaciones condenadas al ostracismo de las tuberías y aquellas otras que beben de la atmósfera castiza de Daoiz y Velarde. Una de ellas es la de Marta Sanz, escritora polivalente que, a punto de cumplir la cincuentena, ha recibido el Premio Herralde de Novela por *Farándula* (Anagrama, 2015).

Y no lo parece. Nos recibe en un sobrio pijama que cambia por una camiseta y vaqueros al enterarse de que habrá fotos. Una luz matizada por el púrpura de la cortina inunda el salón y le da un toque juvenil: Marta Sanz es pura amabilidad y simpatía. Así, la escritora mantiene la esencia de aquellas tardes de pipas y porros que la acompañaron durante años por estas mismas calles de Malasaña. "Los premios están genial porque son la conclusión de un proceso. Es cuando puedes hablar con los lectores de lo que has escrito", dice quitándole importancia a compartir lista con Javier Marías o Enrique Vila-Matas, entre otros referentes de la narrativa en castellano.

El galardón le llega con su duodécima novela y muchos pasos literarios andados. En los últimos años ha creado un detective homosexual que lleva el peso de dos tramas de género negro, ha regresado a la Transición para homenajear a las chicas del *destape* o ha cosido su biografía en los renglones de una ficción. Todo eso mientras dejaba volar centenares de versos libres y de reseñas por las páginas de los principales periódicos y revistas de nuestro país. El éxito presente, al que ella invoca entre comillas, lo ha obtenido a dentelladas. Desde mediados de los años noventa con *El frío* (1995) hasta *Susana y los viejos*, finalista del Nadal en 2006, pasando por *Los mejores tiempos*, premio Ojo Crítico de Novela en 2001. "Creo que en el mundo en que vivimos, si uno es medianamente crítico y reflexivo, cuando comienza a tener éxito debería empezar a sospechar de sí mismo. El



Por ALBERTO G. PALOMO

Formado como maestro, compaginó el periodismo y la docencia desde hace unos años. Es licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Salamanca. Colabora con varios medios españoles y latinoamericanos, entre ellos tintaLibre.

@albertogpalomo

primer paso para que no se te vaya la pinza es ejercer la autocritica: si en este sistema, tan mal hecho y organizado, empiezo a triunfar, ¿me estaré equivocando? ¿Estaré haciendo lo que tengo que hacer?", reflexiona.

Pero no es momento de divagaciones. En *Farándula* retrata a un grupo heterogéneo de artistas de cine que vive en esa dualidad en la que se divide el libro y sus existencias: la serpiente y los adornos frente a la inconsistencia de sus empleos. "El título es agríduce como las dos palabras que lo forman: faralaes y tarántula. Es la combinación de la parte bonita, espectacular, de lunares y volantes, y la parte venenosa de la profesión. Dos contradicciones fundamentales: por una parte, el *glamour* de las lentejuelas y, por otra, las tasas de paro de la profesión, que ahora está en torno al 73% y que, según le oí una vez a Gutiérrez Caba, llegó al 90% en meses pasados", aclara.

AMORES, ODIOS Y REDES SOCIALES

"El *glamour* es parte de un oxímoron, una ficción, un brillo prestado, un disfraz, un holograma, una fantasmagoría producida por los grandes estudios de cine y los grandes almacenes. Serialidad y exclusividad, y el sueño roto de que usted puede ser millonario o de que para ser elegante no hace falta guardar en el *camut* un buen fajo de billetes", escribía Marta Sanz hace unos meses en las páginas de esta revista. Tras el lanzamiento de la novela, incide en la misma idea: "Me parecía un contexto muy expresivo por la brecha de desigualdad que hay y muy metafórico para describir un mundo refulgente por fuera, pero corrupto y asqueroso por dentro", suelta la autora de los poemarios *Perra mentirosa/Hardcore* o *Vintage*. "Era muy apropiado para remarcar la contradicción en las figuras de los actores: son iconos y suscitan los mayores odios y los mayores amores. Lo del amor lo puedo entender como algo fanático, pero lo del odio es alucinante. En las redes sociales se ve mucho resentimiento y muchas burradas. El resentimiento es lógico en una sociedad corrompida, pero no para aquellos artistas que se alzan contra el poder".

Así es en España y así se plasma en el libro. Los protagonistas (todos con nombres inventados y con un proceso de documentación reducido al hociqueo del curioso) se

sitúan en cada peldaño del gremio. La actriz joven –eterna emergente– que aspira a ser estrella y pasa por *castings* de *realities* con tal de dejarse ver, mientras sirve copas en un garito para pagar una habitación; la veterana que se asoma a la vez en un piso "tapizado de libracos, carteles y afiches, bibelots y cortinones donde ahora vivía con la caldera de la calefacción apagada y la nevera llena de actimeles"; o el actor reputado y con reconocimiento internacional que se compromete políticamente, prestándose al escarmio de una nación ancestralmente caínita. Un abanico representativo "y fácilmente reconocible" que se debate entre la queja y la ambición. "Sólo he metido a algunos personajes reales, como George Clooney o Angelina Jolie, que se ensucian las botas para ir a un campo de refugiados sin necesidad de hacerlo. Y eso les beneficia en el proceso de construcción de su imagen, pero no sé si con efectos reales en los lugares que visitan", afirma.

Cabezas de turco fáciles. Rojos con descapotable, izquierda de caviar. Los actores contemporáneos han sido el blanco perfecto para la caverna. Desde el *No a la guerra* de los Goya en 2003 al *Sobreviviré* que introducía la última edición, henchida de alegrías en taquilla y de penas en los números del sector. "Entiendo esta caza si es porque los intelectuales han estado a la sombra del poder sin decir nada, pero también hay un insulto gratuito", lamenta Sanz. "Lo interpreto como un cambio social, de modelo. El paso de lo analógico a lo digital. En este nuevo terreno, la expresión de odio a través de las redes es más común porque hay una sensación de impunidad a través del anonimato. Y porque además nos creemos, confundiendo la democracia con la demagogia y al revés, que cuando estamos proclamando nuestro odio enmascaradamente estamos ejerciendo nuestra libertad, nuestro derecho a expresarnos", prosigue. "Y eso en nuestro mundo es una paradoja porque tal vez es verdad que ejercemos esa libertad, pero al mismo tiempo es la época en la que más cautos somos. Formamos parte de un panóptico en el que todos estamos vigilados". "En todo caso, en *Farándula* se expresa la duda de hasta qué punto es legítima la contestación a un sistema, intrínsecamente injusto, que te premia con el bienestar económico y el éxito. La novela



he dado con la clave", desvela la autora. "Quizás la vez que más relajada he estado ha sido con la autobiográfica *La lección de anatomía*. Es la que fluyó con mayor sencillez, con mayor comodidad. Creí que hacer memoria me iba a doler y qué va: aprendí que esta es un músculo que se puede ejercitar y que eres capaz de acordarte de cosas que jamás imaginabas", explica quien cree que "toda la literatura que escribo es autobiográfica". "Desde lo explícito, en primera persona, hasta detalles mucho más fantásticos en el sentido de la ficción". ¿Por qué? "Porque tengo una visión de lo autobiográfico que no se reduce a ser mimético con las cosas que te han pasado en la vida. Para mí, dentro de la autobiografía también entra el punto de vista ideológico, las satisfacciones, las insatisfacciones, la mirada y la voz del autor en un momento de la historia", defiende.

"La literatura tiene que problematizar lo que ya no problematiza nadie. Lo que la gente da por supuesto. Lo que se da por inmutable. La llamada *ideología invisible*: todos esos valores, todas esas creencias que hemos naturalizado y que ya ni nos planteamos", añade. "El buen escritor o la buena escritora son aquellos capaces de decir lo que está ocurriendo alrededor de ti y tú ya casi ni lo notas, porque lo tienes asimilado como música ambiente". "La literatura se ha pasado mucho tiempo en el papel de entretener y no con la visión de que puede ser trascendente, iluminadora, estrechamente unida a la educación y no solamente al espectáculo", afirma para agregar que "la visibilización de los callos del poder es lo que nos puede hacer reaccionar". "La cultura no tiene nada que ver con la autoayuda sino con el puñetazo que te dé un libro para que tu vida cambie a mejor", dice recordando a compañeros de letras como el recién fallecido Rafael Chirbes, sus amigos Isaac Rosa, Fernando Royuela y Luisgé Martín o la joven Sara Mesa. "Eso sí, la literatura hace el diagnóstico, la observación, pero quien tiene que dar soluciones es la política", concluye.

Ver, oír y no callar. Es la fórmula con la que resume su oficio. Una profesión que, apunta, requiere de recuerdos y capacidad de observación. "Hay que estar dispuesto a que todo te contamine y a que todo interfiera en tu proceso creativo. Hay quien necesita escribir con las ventanas cerradas, con orejeras y en unas horas determinadas del día. Yo creo que hay que escribir con las ventanas abiertas, dejando que entre el ruido de la calle, oyendo a las vecinas, oliendo sus comidas", se despide en medio de esa luminosa estancia repleta de libros, fotos en blanco y negro, lienzos y juguetes para gatos. A unos pies por encima de aquellas analógicas tiendas de retales que han dado paso a las (digitales) magdalenas fluorescentes y a la transformación del botellón -del que se considera una de las fundadoras- en barriles de vermú que bebe gente vestida "como si Serpico no hubiese pasado a la historia". Aquí, en el centro de Madrid, abre las ventanas en vaqueros o en pijama y deja que la arroje el murmullo de las aceras o el vapor de los guisos impregnado en las escaleras. Que cada vez son más de sobre, lamenta, y menos de cazuela. ♦

se pregunta dónde debemos poner el límite. Desde dónde hablamos. Habla del miedo que tenemos a perder un sitio y de la posibilidad de la cultura de ser verdaderamente crítica".

La radiografía social que hace Marta Sanz en *Furcúndula* coincide con la que suele realizar en cada una de sus novelas. No importa si el relato se apoya en los tabóes en la tercera edad, en el papel de un adulto ante el divorcio tardío de sus padres o en los sueños de una niña de 12 años, como plantea respectivamente en *Susana y los viejos*, *Los mejores tiempos* o *Daniela Astor y la caja negra*. La instantánea de cada época se filtra entre las palabras y converge en un panorama coral y orgánico donde la educación, la cultura o la política invaden el texto. En esta última ocasión, aparte del universo del teatro o del cine, se percibe un clima de incertidumbre, de cambio de época. Corren

"La literatura hace el diagnóstico, la observación. Pero quien tiene que dar soluciones es la política", afirma la escritora

vientos de miedo, de "supervivencia" ante la coyuntura nacional, pero también de búsqueda de significado a conceptos que vagan por el diccionario sin asirse a nuestros paladares del siglo XXI. "Es un momento de replantearse palabras como *gente*, *público*, *progresista* o *reaccionario*", enumera mientras saca a colación el insuficiente poder de las redes sociales o la *obamización* de la política. "Nos estamos moviendo en un mundo de falsas humildades y falsas modestias en el que lo que debería ser la democracia se contamina de repugnante demagogia mercantilista".

Esa viveza la lleva a buscar el código exacto de cada nueva obra que emprende. Teniendo en cuenta la melodía que marca el momento. "Busco un lenguaje y un género que se ajusten a la historia que quiero contar. Y cuando lo encuentro me siento cómoda. Entonces es que